

La modernidad destruida: arqueología de la locura en Buenos Aires

Daniel Schávelzon
Conicet- CAU
dschav@fadu.uba.ar

Resumen

La arqueología de rescate da extraordinarias sorpresas: lo que parecería ser una actividad “tipo bombero” que corre a apagar incendios a diario, permite acceder a situaciones impensables en la arqueología de proyecto típicamente universitaria. Esto es lo sucedido en dos acciones de esta características, en el Hospital Neuropsiquiátrico Moyano y en el Centro de Salud Mental no. 3 Ameghino, de Buenos Aires, donde lo encontrado no hablaba de los internos –o externos que llegan a diario-, si no de los psicólogos, médicos y autoridades de la sociedad en su conjunto. Son casos en que hemos excavado los restos de la destrucción de organismos científicos del más alto nivel del país, por decisiones poco claras, desidia, política burda, incomprensión o falta de inteligencia.

Como bien escribió un interno en la fachada de uno de esos edificios: *¿Estamos todos locos?* Son historias que, en otro contexto, resultarían escalofriantes; aquí fueron dos rescates arqueológicos más.

Palabras clave: Arqueología de rescate, arqueología de la modernidad, Argentina.

Abstract

The project of Cultural Resource Management gives extraordinary surprises: what would seem a kind of fireman activity allow entering into unthinkable situations in a typical university archaeological project. This happened in two scenarios, the Neuropsychiatric Hospital Moyano and The Center of Mental Health Number three Ameghino, of Buenos Aires. There, the archaeological record does not speak about interns of patients, but the psychologists, doctors and authorities of the society as a whole. Both centers represent the rest of the destruction of scientific organisms of the high level by unclear decisions, laziness, and coarse policy, lack of understanding or lack of intelligence. As an intern wrote well in the facade of one of those buildings: *We are all crazy people? They are histories that, in another context, would be chilling; here they were two archaeological rescues more.*

Key words: Cultural Resource Management projects, archaeology of modernity, Argentina.

El Pabellón Jakob del Hospital Moyano

En Buenos Aires existe un conjunto hospitalario dedicado a los problemas mentales graves compuesto por dos unidades: una de hombres y otra de mujeres, habitualmente llamados “El Borda” y “El Moyano”. Esos nombres son reducciones de sus verdaderas denominaciones; hasta hace unos años eran el Hospital Neuropsiquiátrico Tiburcio Borda (hombres) y Hospital Neuropsiquiátrico Braulio

Fecha de recepción: Junio del 2009. Fecha de aceptación: Julio del 2009

Moyano (mujeres). Cada uno de ellos está compuesto por pabellones y edificios dispersos por terrenos al sur de la ciudad, construidos desde la mitad del siglo XIX siguiendo el antiguo patrón de pabellones separados para evitar los contagios y mejorar el control. Obviamente no son los lugares más simpáticos para llevar a cabo estudios arqueológicos o patrimoniales, ya que sus realidades son patéticas, a veces temibles, a veces denigrantes por la situación de desamparo, miseria y abandono reinante.

Este proyecto nació por la reacción de los profesionales del patrimonio del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, que plantearon críticas a que en el año 2002 y a través de sus propios organismos culturales, se lo usara para visitas turísticas con sesgo histórico-patrimonial. Más allá de lo absurdo, rayando en lo patológico, de llevar gente de paseo cultural a un manicomio y peor a ese sitio destruido que le pertenecía al mismo Gobierno que lo mostraba –y no críticamente por cierto-, caminaron por dos años sobre el derrumbe de lo que fue uno de los mejores laboratorios del país, sus bibliotecas desintegradas con libros y papeles en el piso, miles de negativos de vidrio aplastados y cientos de frascos de laboratorio sobre los que se colocaron tablones, destruyendo aun más. Abrieron el lugar al público sin que nadie moviera un dedo por salvar nada, sólo importaba lo lóbrego, que era vendido a visitantes ávidos de emociones de túneles antiguos en donde “Rosas escondía tesoros, para llevarlos desde allí al Riachuelo”¹, entrando absurdamente desde un aljibe moderno de una decoración de 1930.

Allí fue cuando se lo detuvo para hacer un estudio serio del conjunto, histórico, patrimonial y arqueológico, ya que en el sótano era necesario excavar en el sedimento de libros, muebles, basura y fotos destruidas. Los estudios se comenzaron, la limpieza y protección también², y luego –nuevamente- todo quedó abandonado y liberado a la rapiña. Lo único que logró hacerse fue publicar la historia de las construcciones³, y rescatar y limpiar un poco el sitio y los objetos que sobrevivieron antes de que de nuevo quede todo olvidado pese a su valor patrimonial⁴. Lamentablemente todo sigue igual. Lo que es difícil es imaginar la situación que encontramos y lo que ello implica en cuanto a la destrucción de la ciencia y de las instituciones. En rescate nació como un trabajo patrimonial en reacción a otro turístico descontrolado y terminó como una frustración, aunque estudiada arqueológicamente. Una experiencia más de la arqueología de una gran ciudad que constantemente obliga a replantear métodos, técnicas y hasta nuestra propia racionalidad como científicos ante la realidad que nos circunda.

1 EGGERS LAN, Margarita. *Historia bajo las baldosas*. Buenos Aires: Comisión de Preservación del Patrimonio Histórico-Cultural, Gobierno de la Ciudad, 2002, pag. 97

2 *Hospital Moyano: plan integral de recuperación y puesta en valor*. Buenos Aires: Gobierno de la Ciudad, 2003; La Dirección General de Patrimonio restauró la fachada de la capilla. El proyecto fue hecho por el *Programa Bajo las Baldosas* de la Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural del Gobierno de la Ciudad. El equipo de trabajo estuvo compuesto por Marcelo Weissel, Patricia Frazzi, Graciela Torranzos, Eduardo Hernández, Rosario Aguilera, Ana Laura Spinetto, Enriqueta Ostrovich y Patricia Riádigos

3 SCHAVELZON, Daniel. *Túneles de Buenos Aires*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2005

4 La Dirección General de Patrimonio logró intervenir en la capilla para restaurar la fachada.

El final del siglo XIX vio la conformación de las profesiones y los campos científicos tal como los concebimos aun hoy. Hasta la década de 1860 la locura en Argentina era una curiosa mezcla de problemas policiales, resabios teológicos y una medicina incipiente que no explicaba casi nada más allá de separar lo considerado normal de lo pensado como anormal. Pero en el mundo e incluso aquí la ciencia avanzaba y el campo profesional que José Ingenieros describía como compuesta por gente que sólo se interesaba en el mesmerismo o la frenología, fue transformándose en especialistas que intentaban acercarse a los problemas mentales e incluso a la mente misma y su funcionamiento. Nada estaba claro y obviamente la locura quedaba en terrenos que daban para todo, al menos hasta que dos grandes tendencias trataron de encontrar, y encontraron, vías de explicación: la neurobiológica y la psicológica. Es en ese contexto en que el país intentaría ganar un espacio en el mundo, en que sus profesionales se encuadraron en instituciones, crearon laboratorios aceptando métodos y técnicas reconocidos y publicando sus experiencias.

Una historia del tema resultaría imposible y desde los inicios del siglo XIX hubo quienes trataron las afecciones mentales e hicieron lo que pudieron en su contexto; lo sitios naturales eran las cárceles y los hospitales generales; sueltos o atados con cadenas, simplemente “los locos” allí estaban. El primer escrito local fue de Diego Alcorta, quien en 1827 se doctoró en medicina con una tesis sobre *La manía*, a la que siguió Martín García. Para la mitad de siglo se hizo habitual la relación entre los considerados locos y los médicos que lentamente se iban especializando y para finales de 1880 ya había más de cuarenta tesis escritas. Los temas que preocupaban están explícitos en los títulos. Entre los que formaron estas primeras generaciones se destacaron José M. Ramos Mejía y luego Lucio Meléndez, quien en 1886 fue designado profesor de psiquiatría. La formación era ecléctica como lo era la ciencia de campos poco definidos de su tiempo y la relación con los pacientes generaba posturas antitéticas. Ingenieros⁵ narra en relación a Meléndez que: “No existiendo en el Hospital de Hombres aula o anfiteatro para las lecciones teóricas, dábanse éstas en las habitaciones de los internos que estaban contiguas a los calabozos en el Patio de Dementes”. De todas formas el mismo Ingenieros era líder de una línea dura en donde los límites con la criminología y la psicología eran endeble; aunque la ideas de Lombroso no tenían tanto pregón aquí, nadie estaba demasiado lejos de ellas. De tal manera que mucho servía para marginar, separar o reprimir todo disenso a un modelo social y cultural. Así sigue Ingenieros narrando el origen de las ideas sobre la insanía mental: “El Hospital General de Hombres desde su fundación, a principios del siglo XIX fue en parte un depósito de alienados; su Patio de Dementes contenía más de la mitad de los enfermos hospitalizados. Es verosímil que esta circunstancia permitiese a los médicos de cierto ingenio, como el doctor Cosme Argerich, reflexionar sobre las ideas que comenzaban a romper las cadenas con que solía sujetarse a los infelices alienados”. La enseñanza de la Patología Mental fue establecida en 1886 y puesta en manos del director del primer Hospicio de las Mercedes, Lucio Meléndez. Estos

5 Ingenieros, José. *La locura en la Argentina*. Buenos Aires: Cooperativa Editorial Limitada, 1920

primeros hospitales implicaban pabellones amplios entre jardines, con camas y baños; de la cárcel del cabildo a esto la distancia recorrida era enorme, incluso tras la separación de hombres y mujeres por dos discípulos suyos cuyos nombres llevan: Borda y Moyano. En 1899 se creó el laboratorio de Anatomía Patológica a cargo de Cristofredo Jakob de quien hablaremos en esta ponencia. Se iban separando la psicología, la psiquiatría, la medicina cerebral, los estudios biológicos y los anatómicos. Se estaba completando el traspaso de la medicina y la salud del original campo de la religión, luego de la beneficencia, al Estado Nacional y finalmente al municipal. Para que se produjera la llegada desde Alemania de Christofredo Jakob a trabajar aquí tenemos que reconocer la existencia de un campo de estudio consolidado dentro de la ciencia nacional.

La historia de Christofredo o Cristofredo (Christfried) Jakob está ligada en forma indisoluble al desarrollo de la neurociencia. Su aporte al campo de la neuroanatomía y neurohistología comparadas y las funciones cerebrales está a la altura de otros insignes nombres de ese periodo de la investigación cerebral en el mundo, como Ramón y Cajal o Golgi. Sin embargo, la bibliografía no se ha ocupado de citar su obra en proporción a ello -decidió actuar en un país del tercer Mundo al fin de cuentas-, plasmada en unas treinta monografías y más de doscientos artículos ilustrados con estudios microscópicos a color, una épica de su tiempo.

Jakob fue invitado a venir durante el gobierno del general Roca, al igual que un grupo de científicos en todas las ramas del conocimiento y las artes. La invitación en este caso provino de Domingo Cabred quien estaba buscando allí al director de un nuevo laboratorio de clínica neuropsiquiátrica en el Hospicio de las Mercedes. En esos años el país, o al menos su clase dirigente, tenía muy en claro cual era el camino de desarrollo que querían y no se dudó en gastar lo que fuera necesario en ello, de allí el traer a este joven prometedor alemán. Jakob era un joven médico psiquiatra dedicado a la neurobiología; nacido en Alemania en 1866 llegó en 1899 y murió en Buenos Aires en 1956; fue maestro de varias generaciones de biólogos, psiquiatras y neurobiólogos argentinos. Su primer gran obra fue el *Atlas del sistema nervioso*⁶.

Su estadía local generó enormes conflictos de poder y prestigio, en especial con Llobet, lo que se acrecentaba porque era luterano y su vecino, competidor y colega era ferviente católico, mientras que Ramos Mejía, otro importante psiquiatra, era un activo masón, como gran parte de los científicos y políticos de avanzada de su tiempo⁷. El Laboratorio sería por mucho tiempo su lugar de trabajo hasta que tuvo que renunciar y regresó a Alemania en 1910 publicando allí un importante libro sobre el cerebro humano; también tradujo al alemán un estudio sobre la neurología de los mamíferos que había escrito junto a Clemente Onelli en el Jardín Zoológi-

6 JAKOB, Cristofredo. *Atlas der Gesunden und Kranken Nervensystems nebst Grundriss der Anatomie, Pathologie und Therapie desselben*. München, Verlag von J. Lehmann, 1895 (segunda edición: 1899) y *Atlas der Klinischen Untersuchungsmethoden nebst Grundriss der Klinischen Diagnostik und der speziellen Pathologie und Therapie der inneren Krankheiten*. München: Verlag von F. Lehmann, 1897

7 Estos conflictos se analizan en los artículos de CROCCO, Mario. El contexto histórico y los descubrimientos de Alberto las localizaciones cerebrales. *La Semana Médica* (5 de abril), pp. 219-230, Oscuridades, enigmas y el aporte fundamental de Ricardo Sudnik (1880-84) y el origen de la neurobiología argentina, *La Semana Médica* (12 de marzo), pp. 141-151

co de Buenos Aires y que publicó en 1913⁸. Sus libros generaron un impacto tan fuerte en el medio internacional que fue invitado a regresar de inmediato, por lo que volvió para hacerse cargo de las cátedras de biología tanto en la universidad de Buenos Aires como la más reciente de La Plata. Por entonces compuso su obra principal, la *Folia Neurobiológica Argentina*, que consta de varios tomos, acerca de la estructura del tejido nervioso en el hombre y en los animales. Estos estudios demostraban la importancia de la arquitectura del cerebro para la comprensión de los problemas psiquiátricos y neurológicos. Es importante señalar algunos ejemplos de lo creativas de sus propuestas como las expresadas en su *Folia Neurobiologica*⁹: algunas de sus ideas y estudios continuaron en el mundo por decenios abriendo posibilidades extraordinarias a la ciencia moderna, incluso acerca de la evolución de los primates. Elaboró un *Tratado de biología general y especial* que se publicó en 1915 en cuatro tomos, en los cuales tomó en consideración las características locales planteando que los problemas mentales no eran iguales en todas partes. La elaboración de esta obra se enmarcaba en la idea que promovía, la de la enseñanza de la biología no como ciencia ocupada de la taxonomía y la descripción sino que debía reflejar la realidad circundante al paciente.

El edificio que genera este estudio fue el laboratorio de investigación anatomopatológica. Corresponde a la segunda etapa de su producción científica, la primera fue en el laboratorio del Hospital Borda donde fundó un museo neurobiológico que es lo que hoy persiste, considerado como casi único dado que los europeos se destruyeron en las guerras del siglo XX. En él la anatomía comparada del sistema nervioso abarcaba desde los animales al hombre y precisamente por eso fue que junto al director del zoológico, Clemente Onelli, investigaron toda la serie de cerebros animales¹⁰. Colaboró con la publicación de la *Revista del Jardín Zoológico*¹¹, uniendo dichos artículos en su obra *Biología general y especial*. Buena parte del material fotográfico de ésta obra se encuentra en los preparados dejados por él en el Museo, otra parte es la de cuya destrucción hablaremos. También de acuerdo a su tiempo era un naturalista completo con amplios conocimientos antropológicos, paleontológicos y obviamente de zoología por lo que hizo estudios con material proveniente del Museo de La Plata¹². En la madurez hizo y publicó sus pensamientos y mucho sobre filosofía y hasta geografía¹³.

8 JAKOB, Cristofredo. *Das Menschenhirn. Einführung in den Organisationsplan der Menschlichen Zentralnervensystems*. Munchen: J. F. Lehmann's, 1911; *Vom Tierhirn zum Menschenhirn. Einführung in die Geschichte der Hirnrinde*. Munchen: J. F. Lehmann, 1911

9 *La Folia Neurobiológica Argentina* se inició con "El cerebro humano" (tomo I 1939) y continúa hasta "Documenta biofilosófica" (tomo V, 1946), además de tres volúmenes del Atlas, editado por Aniceto López, Buenos Aire

10 JAKOB, Cristofredo y ONELLI, Clemente. *Atlas del cerebro de los mamíferos de la República Argentina*. Congreso Científico Internacional Americano. Buenos Aires: Imprenta de Guillermo Kraft 1913; una buena bibliografía casi completa puede verse en: <http://electroneubio.secyt.gov.ar>, además existen allí varias biografías y estudios técnicos sobre su obra

11 JAKOB, Cristofredo. Diferencia entre inteligencia humana y animal. *Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires*, 1913; El lenguaje de los animales. *Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires*, 1914; El cultivo artificial del órgano del pensamiento. *Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires*, 1914; Un gibón y un chimpancé autopsiados. *Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires*, 1914; La locura en los animales. *Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires*, 1915; Hallazgo de pigmento amarillo y negro en las células nerviosas de un mono adulto. *Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires*, 1915

12 JAKOB, Cristofredo. Contribución al estudio del cerebro de los indios. *Anales del Museo de La Plata*. 1904; *Sobre cerebros fósiles de la fauna argentina*. *Actas del XVII Congreso Internacional de Americanistas*. Buenos Aires, 1912; Atlas y Axis, contribución a su biología con una advertencia respecto del "Atlas de Monte Hermoso", *Revista de la Asociación Médica Argentina*. Vol. I, 1940.

13 JAKOB, Cristofredo. *La biología en el sistema de las ciencias filosóficas y naturales*. Publicación de la Universidad

La obra de Jakob por la ciencia quedó guardada en el sitio donde se produjo, primero en el pabellón del Borda y luego en el del Moyano. Tras su renuncia en 1953, ya siendo un hombre muy mayor, todo quedó abandonado o con uso esporádico hasta la última dictadura. Es cierto que durante ese medio siglo el mundo había cambiado mucho, también la ciencia, y era complejo sostener enormes edificios que necesitaban mantenimiento constante, en origen entendidos como cátedras, museos, laboratorios y morgues. De sus laboratorios el del Borda se mantiene, es Monumento Histórico Nacional¹⁴ y sus condiciones son modestas, con poco equipamiento antiguo en un sector destinado a museo; el del Botánico fue demolido en el año 2000 sin objetivo definido.

El ahora llamado Pabellón Jakob en el Moyano, construido en 1904, es un bloque aislado al fondo de los grandes terrenos del conjunto, en la típica arquitectura estatal de su tiempo, monumental, afrancesado, poco funcional, muy impresionante a la vista, que debió ser perfecto para dar la imagen de lo que se quería dar: un pabellón hospitalario dedicado a la investigación. Muy similar aunque más grande al construido antes en el Hospital Borda. El plano muestra una solución arquitectónica clara: la planta baja, elevada como corresponde en medio nivel, tiene una gran sala de disecciones que es aula y auditorio a la vez, con graderías elevadas para ver la mesa de operaciones en el centro la que está cubierta por un grueso mármol. Aprovechando las graderías hay complejos muebles de época que servían para guardar miles de preparados histológicos de cortes cerebrales en cajas especiales, frascos cuadrados de vidrio para guardar cerebros en formol y una decoración en relación con la funcionalidad del sitio. Luego habían diversas oficinas y la lógica morgue con sus heladeras, camillas metálicas y piletas de formol, todo lo que aun sigue en uso, con tétricas historias, en especial de los tiempos de las dictaduras militares. El conjunto de lo existente en este piso parece detenido en el tiempo, salvo por el busto de Jakob que mira sin ver el paso del tiempo y de las gentes; placas de mármol con inscripciones dan el tono de sitio sagrado dedicado a la ciencia: “*Aquí los muertos le hablan a los vivos*” dice en latín una enorme placa grabada que hoy ya nadie entiende.

El edificio tiene una escalera interior para el nivel semi-subterráneo donde estaban los laboratorios, farmacia, biblioteca, fotografía y hornos para cremar cadáveres. Era el sitio más usado por quienes allí trabajaban y al parecer en algún momento –creemos hacia la época en que Jakob deja todo el tema-, quedó abandonado. El superior siguió en uso para dar clases en el aula-auditorio y

de Buenos Aires. Imprenta Coni Hnos, 1913; Del tropismo a la teoría general de la relatividad. *Humanidades*. T. III, 1922; Problemas actuales de psiquiatría general y sus relaciones con las ciencias sociales y jurídicas. *Revista del Círculo Médico Argentino*, 1916; Localización del alma. *El libro* vol. 1 a 5, 1904-08. Buenos Aires, hay edición en forma de libro; El espíritu de la música en la filosofía pre y postkantiana. Buenos Aires: *Humanidades*. T. XIII, 1926; La definición científica de la vida. Buenos Aires: *Verbum s/d*, 1935; *Descartes en la Biología*. Publicación de la Facultad de Filosofía y Letras, 1937. Buenos Aires; La Psicología de Descartes a través de tres siglos. *Anales del Instituto de Psicología*. T. II, 1938; El significado de la obra de Ramón y Cajal en la filosofía de lo orgánico. *Humanidades*. T. XXVI. 1938; El cerebro humano, su significación filosófica; Ensayo de un programa Psico-bio-metafísico después de cincuenta años de dedicación neurobiológica. *Revista de Neurología de Buenos Aires*. Vol. X. N° 2. 1945; El origen de la conciencia. *Anales de Psicología* Buenos Aires, 1945

14 Declarado el 15 de abril 1999

la morgue para la policía; qué pasaba o qué se hacía en el resto de ese enorme pabellón nadie lo sabrá jamás. La parte de abajo tenía numerosos ambientes ya que Jakob invitaba no sólo a alumnos y docentes sino a expertos de otros países a colaborar con él, por lo que en su tiempo habían laboratorios para alemanes, rusos, franceses, ingleses y quienes vinieran a este centro mundialmente conocido. El problema principal que tenía el edificio era que pese a la calidad de los materiales el sistema de iluminación natural elegido sólo servía mientras se lo mantenía con mucha mano de obra: las ventanas estaban mitad afuera y mitad debajo del nivel externo, en una especie de caja con piso, que si bien facilitaba en mucho la entrada de luz, también entraba el agua de lluvia y la tierra. Es cierto que en origen tenían un sistema de desagüe pero con el menor abandono este se taponó y por allí entró agua y tierra y gatos y gente y basura, inundándose a la primera lluvia fuerte y así siguió por medio siglo. Eso es lo que entendemos que pasó: comenzó a llenarse de agua que pudrió los muebles de madera y oxidó los de metal, todo cayó al piso incluyendo las bibliotecas y sus libros, los estantes de fotografías de vidrio, las cámaras fotográficas de fuelle, los medicamentos... Y se fue formando una pasta, abonada por ratas y gatos y seguramente humanos, que cubrió los pisos con diferentes tenores de humedad según la temporada del año. Sin ninguna duda jamás habíamos visto un *estrato arqueológico* de estas características, capaz no sólo de dar información del pasado sino también de sumir en la depresión a quien lo veía: un laboratorio hecho *pasta consolidada*. Si la planta del edificio mide unos 20 por 50 metros, pensemos que ese sedimento se extendía por cien metros cuadrados con alturas de casi dos metros.

Cuando un arqueólogo habla de su “sitio” y del “sedimento” que lo compone uno tiende a imaginar un lugar abierto y un piso de tierra donde excavar. Aquí el lugar era un sótano que tenía piso de cemento y el sedimento era lo que estaba arriba de ese nivel, no abajo, lo cual no sólo presentaba problemas técnicos sino también conceptuales: ¿existe una teoría o una metodología para este tipo de intervenciones? ¿La más osada aventura del pensamiento de quienes estudiaron las alteraciones de un sitio pasó por este tipo de casos? Creo que podemos afirmar que no. El sedimento estaba en todos los casos sobre un contrapiso alisado de cemento; sobre él había, según las habitaciones, desde una delgada capa de tierra y fragmentos de vidrios de ventanas con objetos esporádicos y recientes hasta más de un metro de pasta de papel, tierra, madera podrida, hierro oxidado, vidrio fragmentado hasta milímetros por pisoteo, productos medicinales y farmacéuticos y sus envases, basura moderna (botellas, plástico, preservativos, gatos muertos, entre otras cosas), cientos de frascos vacíos y llenos de suero y, para compactar todo, tabloncitos de madera puestos por el Gobierno de la Ciudad para circular por encima; en algunos ambientes también se había caído el revoque o parte de los techos, agregando cal a la mezcla. El relleno era básicamente de miles de fragmentos de negativos de vidrio quebrados, mezclados con barro y desechos de toda clase incluida mucha cal, pisoteados hasta compactarlo en una masa casi sólida. En el laboratorio fotográfico, donde la maquinaria original estaba aun en pie destruida por el óxido, con cámaras y trípodes, al no haberse tocado nada la madera se pudrió, cayeron las cámaras donde estaban y quedaron en el piso los fragmentos metálicos oxidados y los lentes en su posición original, dibujando en la tierra previa la forma de la cámara.

La observación de las placas negativas de vidrio permitió entender que se trataba de dos conjuntos: uno de fotografías de las internas y otro de cortes histológicos. La humedad hizo que la emulsión pegara una con otra, lo que salvó muchas de ser aplastadas, pero hará en extremo complejo su restauración ya que quedan sólo fragmentos de ella. Los frascos medicinales y farmacéuticos aun contienen productos los que al moverlos producen olores y coloraciones nauseabundas y cuyo control de seguridad fue y será complejo. Los objetos de laboratorio, como probetas y tubos de ensayo estaban destruidos pero aun allí.

Tras las primeras visitas, al entender lo que se estaba enfrentando y en función de una operación de rescate para el Gobierno de la Ciudad que exigía rapidez de respuesta para mantener el lugar visitable, se establecieron los siguientes objetivos: 1) recuperar los objetos materiales que mostraran tanto lo que fue como el proceso de degradación misma; 2) limpiar el lugar para acceder a él con seguridad, en especial de productos tóxicos químicos; 3) establecer un proyecto patrimonial para el lugar; 4) tratar de entender, desde una mirada arqueológica-histórica, el proceso de transformación del sitio desde su forma de uso original hasta el presente en especial cómo era factible que un famoso laboratorio internacional haya terminado de esa manera. En función de ello y entendiendo que se trataba de una operación de rescate con pocos recursos y tiempo, en un entorno altamente tóxico, se optó por tres formas de acción: 1) limpieza simple de los ambientes que quedaron vacíos desde antiguo; 2) recuperar los materiales identificables: muebles o parte de ellos, todo lo farmacéutico que estuviera en condiciones de ser exhibido o restaurado y los materiales constructivos para restaurar el lugar; 3) recuperar los negativos de vidrio enteros o parcialmente rotos; 4) hacer trabajo arqueológico en los ambientes en que había sedimento acumulado no distinguible.

El estado general del sitio es, para su arquitectura, malo aunque la construcción sigue en pie; por lo tanto con una limpieza, arreglos generales de carpinterías, techos y muros de azulejos desprendidos, el lugar puede ser visitado sin problemas, aunque cerrando los conductos a otro subsuelo que conducía el agua hacia el exterior. No había iluminación y se hizo una instalación provisoria, la que por su precariedad tenía su propio encanto para el visitante. Luego se hizo la limpieza y el retiro de escombros, recuperación de maderas provenientes de las carpinterías, incluidas puertas que habían sido desarmadas y estaban listas para ser robadas, la recuperación de muebles y estanterías los que aunque muy deteriorados permitieron rearmar parte de la vieja farmacia, la recuperación de unos 2500 frascos de vidrio de diversos tamaños: botellas, recipientes para sueros o frascos con tapa esmerilada entre tantos otros, recuperación de unos trescientos recipientes de lata con tapa, unas cien damajuanas antiguas de las que la mitad tenía aun su caja o canasto protector y la instalación de todo eso en ambientes protegidos. Con los negativos de vidrio, que llenaban dos habitaciones completas, se logró extraer unos 4500 enteros o poco fragmentados, mientras que cientos de miles de pequeños fragmentos que formaban parte del sedimento no fue posible protegerlos por la decisión política de no usar mayor tiempo. Fueron ordenados y guardados en un sitio cerrado. Todo este trabajo fue hecho por las restauradoras y conservadoras del equipo, todas voluntarias, con serios riesgos para su salud, incluso siendo necesario dejar el trabajo por varios días ante la rotura de frascos que despedían olores o humaredas no identificables.

No fue más que un primer trabajo elemental, se suponía que a la brevedad habría acciones de preservación serias y sistemáticas.

Los sectores que pudieron ser excavados arqueológicamente presentaron un sedimento compacto, pisoteado, ayudado por la concentración de agua caída con cada lluvia. La estratigrafía general mostró un primer nivel sobre el piso formado por tierra y vidrios provenientes de las ventanas; lo interpretamos como la rotura natural o intencional y el polvo que entró por ellos. Un segundo estrato está conformado por madera de muebles, concretamente estanterías de las bibliotecas que debieron existir contra los muros. Este nivel tiene como sedimento una pasta de papel proveniente de libros y papeles destruidos mezclados con la pasta de la madera podrida y tierra en casi 35 cm de altura. Luego hay, alternados, estratos de tierra apisonada, objetos recientes, botellas de vino y damajuanas y sus envases de madera, fragmentos de ladrillos y de frascos de medicina y farmacia. Básicamente se trata de un sedimento formado por pasta de papel y madera podridos y placas de vidrio pulverizadas, con restos de muebles.

Un aporte peculiar al caos de este conjunto fueron los frascos cuadrados de vidrio en que se colocaban los cerebros u otros tejidos o partes humanas; muchos de ellos se salvaron por su propia resistencia aunque otros dejaron sus fragmentos –y su contenido- en el sedimento. Pensarlo es ya una aberración.

En forma sintética entendemos que lo sucedido es que tras la rotura de los vidrios y el consecuente ingreso de agua se pudrieron las bibliotecas y estanterías de madera, se cayeron mezclando los libros y papeles creando una mezcla ahora rígida, luego ingresó gente que caminó por encima e hizo uso del lugar dejando botellas y materia fecal, posiblemente internos del hospicio; entre ello hubo varios gatos muertos en diferente estado de putrefacción. La presencia de una capa superior de frascos de medicinas, jeringas y material de farmacia lo entendemos como parte del saqueo reciente de objetos con el afán de venderlos a anticuarios. La forma en que afectaron los productos químicos y el formol de las damajuanas y cajas de vidrio en este conjunto, resulta imposible de determinar. Si se deshicieron allí fragmentos de cerebros humanos incluso es mejor no pensarlo, aunque suene poco científico. Los centenares de damajuanas de formol, sistemáticamente abiertas y cuyos corchos están en la zona, lo interpretamos no como simple abandono sino que fueron usadas para drogarse; en situaciones límites como las que hay que un hospital mental esto suele ser común.

Mención aparte merece lo ya dicho de los miles de negativos de vidrio que aparecen por todas partes y muy pulverizados, mucho más que rotos, aunque en dos sitios del edificio los hay en gran cantidad, tanto enteros o poco quebrados, incluido una biblioteca que no llegó a caerse completa y en cuyos cajones hallamos cientos de ellos; es decir que en algunos lugares sólo los estantes se vencieron y cayeron directamente al piso, en otros fueron arrojados y luego pisados una y otra vez¹⁵. Un cálculo aproximado es que logramos rescatar unas cinco mil placas enteras aunque con su albúmina altamente destruida.

15 No se autorizó la conservación ni restauración de esos negativos, sólo se logró retirar una muestra que ha sido guardada en el Centro de Arqueología Urbana (FADU, UBA), el resto quedó allí, lamentablemente; su estado actual lo desconocemos

Si bien la interpretación de la excavación coincide y se hace coherente con todo lo sucedido en el sitio, es decir con su contexto, es significativo en términos de tratar de entender el proceso de destrucción de un legado científico y patrimonial de inmenso valor por simple desidia, ineficacia, burocracia o desconocimiento. Y eso es mucho más que pura arqueología, o es otra mirada a la arqueología.

En el Pabellón Jakob del Hospital Borda, debajo del acceso y su cartel de grandes letras hecho en 1899, alguien escribió con otras aun más grandes letras verdes “Estamos todos locos”. Creo que es la mejor conclusión posible y la tomaron los internos, o alguno de ellos. Lo que sucedió con la memoria de Jakob, con ese excepcional edificio en el Hospital Moyano, con la investigación científica argentina, con un laboratorio de primer nivel mundial totalmente equipado, parece imposible. Pero aunque aceptemos lo absurdo de dejar abandonado decenios de trabajo de excepcional calidad científica y culpemos a las dictaduras, a la primacía de lo psicológico sobre cualquier otra explicación de los fenómenos mentales, a la falta de dinero o a lo que sea, nada explica lo reciente: completar la destrucción de ese patrimonio caminándole por encima, organizar visitas turísticas para lucir nuestra desidia; y la imposibilidad de que después de rescatado oficialmente, aunque lo haya sido con esfuerzo voluntario, y publicado y puesto en internet para lucir lo hecho, todo vuelva a quedar abandonado al año siguiente.

Esto nos lleva al punto central: cómo podemos hacer arqueología ascéptica en la realidad social que nos ha tocado vivir. Porque al fin de cuentas el excavar un sedimento formado por pasta de libros destruidos, cerebros humanos y antiguos negativos fotográficos de vidrio pulverizados, no parece resultar otra cosa que el ya citado “Estamos todos locos”.

Un rescate en el ex Instituto Nacional de la Nutrición: otro caso de dictadura y destrucción de la salud

Durante el mes abril de 2005 se comenzaron obras para construir un edificio en un estacionamiento en la parte posterior del gran edificio del Centro de Salud Mental no. 3 ‘Arturo Ameghino’, en la avenida Córdoba 3120 de la ciudad de Buenos Aires¹⁶. El Centro pertenece al Gobierno de la Ciudad y allí se lleva a cabo un fuerte trabajo en el tema de drogadicción, dependencias y otros problemas sociales. Mientras se comenzaba a excavar para la obra, el personal del Centro observó que iban quedando expuestos frascos, platos y objetos. Gracias a la intermediación del Instituto Histórico recibimos el dato y se pudo organizar un rescate. No existían las posibilidades materiales de un trabajo sistemático, la empresa constructora estaba en plena excavación y al menos la mitad del pozo ya había sido destruido.

16 Agradecemos a Daniel Paredes del Instituto Histórico (GCBA) quien dio el aviso que condujo al hallazgo; al director del CSM, Dr. Rubén Slipak que autorizó estos estudios y a los operarios de la empresa constructora que hicieron lo que pudieron ante esta invasión de extraños recolectores de la basura vieja. El Dr. Jorge Colombo nos ha facilitado y hecho comprensible la información sobre la obra de C. Jakob en el campo neurobiológico

Pese a esos inconvenientes se decidió actuar rescatando el material posible y los datos contextuales del evento que había llevado a ese extraño entierro masivo de vajillas, botellas, objetos de uso hospitalario y frascos de medicinas enteros y sellados con su contenido. La cronología moderna que mostraban los objetos y las condiciones del descarte como destrucción intencional eran demasiado tentadoras como para dejarlo de lado por la falta de rigurosidad metodológica¹⁷.

Abrir la puerta al pasado de los últimos años es un fuerte desafío a los argentinos, que desde diversos campos intelectuales y sociales han comenzado a revisar su pasado bajo las dictaduras militares, teniendo mucho que decir la arqueología misma¹⁸. El que los militares hayan asumido en esos años la idea de *desaparecer* a sus enemigos, borrarlos de la existencia, es un desafío cada vez más pesado para quienes trabajamos haciendo visible los eventos ya transcurridos.

El Centro de Salud Mental fue fundado en 1948; tal como indica su propio sitio en Internet, con la *“preocupación de dar lugar a lo que por entonces surgía como un campo nuevo en el marco de la salud mental. Este nuevo campo incluía a los (llamados) psicópatas, neuróticos y toxicómanos. Dolencias psicológicas no ubicables en factores orgánicos ni en patologías subsumibles al terreno de la alienación”*. Fue cambiando de nombre en tiempo y funcionando en diversos edificios y se llamará Instituto de las Neurosis y luego Instituto de Psicopatología. Hacia 1963 se crearon varios Centros de Salud Mental y servicios de ayuda como alternativa a los hospitales psiquiátricos; algunos de ellos fuertemente influidos por el psicoanálisis, contribuyendo a su expansión en el campo de la salud mental y renovándolo. Poco más tarde en la dictadura hubo un marcado impulso para que se regresara a la psiquiatría tradicional representada por la figura del Dr. Ameghino, de ahí el nombre que le pusieron. Su prédica se centraba en establecer consultorios para *“la captación de alienados, filtro para depurar la sociedad de elementos perniciosos o como trampolín para hacer saltar a la sala hospitalaria todo elemento que amenace el bienestar de la integridad racial”*. Esto produjo fuertes oposiciones en los especialistas que generaron marcados conflictos en su tiempo.

En el año 1909 el médico y empresario Francesco Fernando Garzia, napolitano recibido de médico en 1887, construyó este Sanatorio Modelo para utilizarlo como un sitio innovador en la medicina privada de la ciudad; contaba con sala de operaciones, laboratorio, obstetricia y, como era la moda, solarío y amplios jardines. Funcionó hasta 1923 en que pasó a la Municipalidad. Tenía una fachada monumental que aun ostenta las letras SM, y sus interiores estaban decorados y con un gran despliegue de la tecnología de la época. Tras su cambio de propietario funcionaron allí varias dependencias y organismos y ha resultado un dato importante el que gran parte de la vajilla y otros objetos tienen el sello del Instituto Nacional de Nutrición, el que estuvo allí desde 1928; diez años después pasó a ser de la Nación. Este había sido fundado por el Dr. Pedro Escudero (1877-1963)

17 Colaboradores: Guillermo Paez, Felicitas Picone, Verónica Benedet y Alfonsina Pais, Mónica Carminati, Patricia Frazzi, Mario Silveira, Flavia Zorzi, Julieta Penesis, Melina Bednarz, Marcos Rambla, Mariana Ocampo, Carolina Griffero González.

18 Weissel, M. (2003) “A needle in a haystack, Buenos Aires urban archaeology”, *The SAA Archaeological Record* (Septiembre), pp. 28-30

quien inició los estudios sobre alimentación, nutrición y dietas en el país y fue pionero en la materia en América Latina. En 1969 se instaló allí el Instituto de Salud Mental; regresó a la Municipalidad en 1978.

El terreno del hallazgo es un jardín amplio con una hilera de árboles, en donde a nuestra llegada ya la parte central, paralela a la avenida Córdoba, había sido destruida por la maquinaria en una franja de 27 metros de largo por 11.30 metros de ancho. Allí es donde apareció el pozo que fue destruido al menos en un 50 %, cortándolo al medio, en el perfil sur de la excavación. En la estratigrafía el sitio muestra un nivel superior de unos 20 cm de asfalto y luego un contrapiso, debajo 20 cm de relleno y tierra negra removida, continuado por un estrato de fragmentos de ladrillos, posiblemente de algún piso o patio u obra de construcción. Por debajo hay una gruesa capa de humus negro de 80 cm para llegar al terreno estéril a 1.30 metros de profundidad. El pozo del descarte debió medir dos metros de ancho y tener una profundidad de cerca de 2.20 metros. En el resto del terreno únicamente se observó la presencia de una cámara de desague cloacal hecha de ladrillos, reciente y sin relación contextual o cronológica con el pozo que se estudia. Hay un detalle que resulta muy interesante, más que para el pozo para toda la ciudad, y es el insólito juego de desnivel que hay entre el terreno y la calle Agüero, antes separado del jardín por un alto paredón de tres metros de alto. Cabe señalar que el edificio del Centro de Salud está a nivel de la calle y no se nota que ésta tenga desnivel fuerte –aunque si lo hay en el interior del edificio salvado por pequeñas escaleras-, por lo que entendemos que en el sitio hubo un terreno muy alto que fue rebajado para la construcción, dejando el jardín en su nivel original. Con el tiempo toda la manzana, que es ahora en su mayor parte de construcciones modernas, fue haciendo lo que se está haciendo ahora, se rebajó el piso al nivel de la calle desapareciendo los últimos relictos de una zona con topografía diferente a la actual, siguiendo con el proceso de aplanamiento general de Buenos Aires.

Nuestro trabajo, dadas las condiciones de rescate, es decir de recuperar en tiempos mínimos la mayor parte del material visible, sin excavación ni control estricto, se hizo a partir de las siguientes hipótesis: 1) ¿era posible explicar y fechar el evento que se estaba observando?, 2) ¿era posible establecer las características de la vajilla descartada o se descartó también un laboratorio?, 4) ¿porqué no se arrojó todo eso a la basura normal y en cambio se la enterró, lo que resulta insólito para el momento en que se hizo? Y estas preguntas nos llevaban a otra: ¿cuál es la relación entre una ciudad que tiene problemas de nutrición y crea un Instituto con ese objetivo, con el hecho de que la vajilla para ser usada en él se mandara a fabricar en Inglaterra, con el logotipo incluido, y luego se la descartara masivamente al igual que las medicinas y laboratorio?

Vale la pena detallar la inmensidad de lo hallado aunque haya sido rescatado sólo una parte. Podemos comenzar con los mayoritarios platos marca Ridgway. Es una vajilla de alta calidad de lo que llamamos porcelana de baja cocción, símil porcelana o Ironstone¹⁹, de grano fino, muy brillante, pesada, para usos de

19 Daniel Schávelzon, *Catálogo de cerámicas históricas de Buenos Aires (siglos XVI-XX) con notas sobre la región*

esta naturaleza. Tiene en la parte superior un anillo delgado color marrón con la inscripción INN y por la parte de atrás una marca que dice *Ridgway Shelton England*, al centro *Estd. 1792* y abajo la inscripción “Distribuidores Dieguez & Bergna, Buenos Aires”. La marca corresponde a la fábrica Bedford Works ubicada en Shelton, Hanley. La marca en estos platos inició su uso en 1932 y casi dejó de usarse en 1952, aunque no hay certeza de que no hayan partidas posteriores²⁰. En total se recuperaron 1282 fragmentos que pesaron 69.70 kilos. Respecto a los platos playos el peso promedio de cada uno es de 750 gramos. Se encontraron un total de 832 fragmentos que pesan 49.82 kilos, lo que corresponde a 66.5 platos, con un promedio de 12.57 fragmentos por plato. En los platos hondos el peso promedio de cada uno es de 770 gramos. Se encontraron 416 fragmentos que pesan 19.98 kilos lo que corresponde a unos 26 platos con un promedio de 16.18 fragmentos por plato. Esta cifra coincide casi exactamente con la antes citada. Hubo 34 fragmentos pequeños que no pudieron ser atribuidos a ninguna de las dos categorías con un peso de 550 gramos, lo que corresponde a menos de un plato. Esto nos permite suponer que lo recuperado de esta marca es de casi exactamente 84 platos.

Otro tipo diferente consistió en un conjunto heterogéneo de lozas que tienen en común el color amarillento, tradicional a lo hecho con posterioridad a la década de 1930 en Inglaterra. Pocas tienen marcas y la más destacada es “Boulogne”, usada desde la década de 1950. En este conjunto hay platos hondos, playos, de postre y para tazas, y tazas para café y te. Por ser su pasta más blanda y delgadas que las Ridgway, la rotura es mayor, por lo que ha sido muy compleja su separación por la función atribuida al fragmento, con alto grado de indefinición. Hay 598 fragmentos de platos grandes (hondos y playos; aunque deben haber partes de tazas y platos de postre) que pesan 7.43 kilos, si calculamos un promedio de 540 gramos por cada plato tenemos un promedio de 13.75 platos. Otro conjunto ha sido el de platos marca “Ibis” con 151 fragmentos de platos hondos y playos, que pesaron 6.60 kilos, con un promedio por plato de 600 gr. lo que nos da 10 platos. El conjunto de tazas y platos chicos con relieve ha sido de 58 fragmentos que pesan 1.32 kilos, que en base a un promedio de 350 gr. cada uno corresponden a menos de cuatro objetos, es decir dos juegos de plato-taza. También pudo separarse de esta loza los platos chicos y de postre que son 70 fragmentos con un promedio de peso de 180 gr. y un peso total de 1.42 kilos, lo que identifica a 7.8 platos. Entre los varios se incluyen 96 fragmentos que pesan 1.23 kilos, lo que debe corresponder a 2.05 objetos. Esta loza amarillenta representa un total de 973 fragmentos que pesan 18.02 kilos, lo que da un promedio general de 35 objetos rotos en 27.8 fragmentos cada uno. Si bien puede haber muchas explicaciones para este valor tan alto, es una loza muy delgada, frágil, de pasta poco compacta y grano grueso, por lo que su fragilidad es mayor.

del Río de la Plata, CD editado por Fundación para la Investigación del Arte Argentina y Telefónica- FADU, Buenos Aires, 2001

20 G. A. Godden, *Encyclopaedia of British Pottery and Porcelain Marks*, Barrie & Jenkins, Londres, 1989, marca 3323, pag. 539

Las lozas blancas forman un conjunto variado, hay lozas y semi-porcelana, platos de todo tipo y tazas de todo tipo aunque éstas son pocas. Las marcas son variadas habiendo inglesas y locales. Los platos de marca J. & G. Meakin Ltd. son de la fábrica Eagle Pottery & Eastwood Works, en Hanley, establecida en 1851 hasta la actualidad. La marca del sol fue registrada en 1912²¹, aunque el tono amarillento este ya lo hemos descrito como producido después de 1930. Las lozas con la marca de John Maddock & Sons son de la fábrica ubicada en Burslem en 1852; la loza encontrada tiene una marca usada con posterioridad a 1955²². Otra marca importada es la de Wood & Sons, de Burslem y la hallada corresponde a después de 1930, debe notarse el error de la impresión que dice “oentenario” en español, posible error de ortografía para una vajilla para exportar a América Latina. Por cierto desconocemos de que centenario se trata, pero si es el de la fábrica, ésta comenzó a funcionar en 1865, lo que nos ubicaría en 1965. El resto es de marcas argentinas “Arabia Suomi”, “Finlandia”, “Oltolini”, “Porcelana Americana”, “Boulogne” (de Rosario) y la chilena “Penco”.

Hay tres grupos que pudimos separar, las tazas grandes de café con leche, con 40 fragmentos y un peso total de 3.50 kilos que en base a un peso promedio de 400 gramos nos dio un total de casi nueve tazas; cuatro tienen la inscripción “Instituto Nacional de Nutrición” y destacamos la falta de relación cuantitativa y de marca con los platos de igual estampado; son todas de la marca local “Oltolini”. El otro conjunto es el de las tazas y platos de café y te de las que hubo 173 fragmentos que con un peso promedio de 350 gr. y un total de 7.90 kilos, lo que da 22.57 objetos. El total de lozas blancas ha sido de 763 fragmentos que pesan 23.10 kilos con un promedio de 60.5 objetos con un índice de 12.61 de fragmentación. Estas lozas, gruesas y pesadas tiene un promedio de rotura similar al de las Ridgway, aunque más bajo, ya que se incluyen tazas y platos de postre y te, que son menos frágiles por su forma.

Como objetos no habituales podemos citar una base de plato playo recortada para que quede sólo la parte inferior circular, muy usado en el siglo anterior al parecer se mantuvo en uso hasta más tiempo de lo sospechado y una maceta de loza blanca, vidriada del lado exterior, pintada en rojo, negro y blanco muy a la moda de 1960, único objeto de este material que no es parte de vajillas.

El total general de vajillas de loza es de 3018 fragmentos de lozas que pesaron 110.70 kilos y que debieron corresponder a 138 objetos. Si mantenemos como válida la presunción de que lo rescatado es aproximadamente el 10 % de lo existente estaríamos frente a un descarte de 1850 platos y tazas. Creemos que se trata de un descarte importante en volumen y peso, más si como sospechamos se hizo todo junto y con objetos aun enteros.

21 Idem. marca 2605

22 Idem. marca 2473

Lozas halladas y posible cantidad original

	Fragmentos	Peso (kg)	Objetos
Hallados	3018	110.70	185
Posibles*	30180	1107.00	1850

* calculado en función del 10 % del total

Los vidrios hallados indican lo siguiente: en un total de 2932 entre fragmentos, frascos y botellas completas se pueden observar tres conjuntos claramente establecidos por sus diferencias funcionales: 1) frascos y botellas de remedios y laboratorio, 2) objetos de laboratorio y 3) botellas de uso personal (tocador, consumo alcohólico y otros). Entre los primeros, que son la mayoría, hay vidrios que pueden separarse por sus colores ya que tienen relación con el propósito para el cual fueron fabricados. Los mayoritarios son los transparentes (1274 fragmentos) que incluyen frascos y botellas (57 con rosca, 59 con boca para tapón y hay 88 bases) que deben corresponder a un NMI aproximado de 116 frascos y botellas. A eso se le pueden sumar 46 hallados enteros lo que da cerca de 152 frascos-botellas descartados. En segundo lugar hay frascos marrones, muy comunes en medicina y laboratorio y casi sin uso en otras funciones salvo la cerveza de la que hay un probable único fragmento. Se hallaron 310 fragmentos y 66 enteras; hubo entre los fragmentos 60 bases y la mayoría de los picos son para rosca –tipo tapa plástica- y un único pico vertedor, aunque hubo al menos 16 picos para tapones, sean de goma o esmerilados. El tercer tipo de vidrio es el verde, generalmente atribuido a las botellas de alcohol, de lo que hubo 642 fragmentos con 28 picos de rosca, 3 picos para tapón y tres botellas enteras, es decir que hay un NMI de 34 botellas. Los demás colores están muy poco representados: el azul con 19 fragmentos de dos botellas de Leche de Magnesia, el blanco con cuatro potes de vaselina o crema y cinco fragmentos varios y el rosa con un fragmento. Hay un conjunto de las ampollas para inyectar con jeringa y los de inyección automática, que son en total 49 enteras. Los tubos de ensayo enteros o reconocibles son 66, 4 de 7 cm, 5 de 16 cm y 57 fragmentos, aunque debe más los que son imposibles de identificar por su fragmentación.

Las botellas identificadas que no son de medicina corresponden a tres marcas de bebidas alcohólicas, una gaseosa, un florero, una copa, un vaso, un sifón, un tintero, dos perfumeros (quizás sean hasta cinco), tres de productos para el pelo masculino, una bolita infantil, una botella entera de Aceite Gallo y seis lámparas eléctricas comunes. Los objetos personales son menos de el 0,1 % del total.

Entre los objetos de laboratorio hay restos de grandes lámparas (una con la inscripción Instituto Nacional de Nutrición), jeringas con émbolo, émbolos de vidrio antiguos, tubos, tapones esmerilados, sondas y objetos diversos de formas especiales. Al menos hubo dos botellas de Suero Baxter completas con sus soportes de aluminio y tres tapas de esas mismas botellas. Los contenidos en centímetros cúbicos figuran en la mayoría de las bases lo que es buen indicador de funciona-

lidad. Hay desde los pequeños menores de 100 cc como los de 5, 10, 30 y 60 hasta los de 1000 y 1200 cc. Hay tapas de plástico, un par de baquelita más antigua y de metal; también un par de tapones de goma perforados para colocarles tubo y al menos un frasco pequeño con gotero de vidrio. Todas las marcas, muchas por cierto, han sido habituales desde 1950 como máximo.

Vidrios hallados y posible cantidad original

	Fragmentos	Objetos
Hallados	2932	500
Posibles*	29.320	5000

* calculado en función del 10 % del total

Los materiales de construcción recuperados son pocos aunque no se levantaron fragmentos de ladrillo por las condiciones del rescate. Se identificaron cuatro fragmentos de revoques finos, un mármol de escalón, una lasca de mármol, tres clavos redondos, ocho fragmentos de porcelana eléctrica, 39 fragmentos de azulejos blancos modernos y de inicios del siglo XX y once pequeños mosaicos de cemento de lo usados para componer motivos ornamentales en los pisos; es decir que es factible que algunos de ellos correspondan a la parte antigua del edificio. Entre los objetos de metal relacionados con la construcción hay varios caños de agua y electricidad, alambres de hierro y de cobre. Se encontraron también 109 fragmentos de vidrios planos en su mayoría de 2 mm provenientes de ventanas; algunos muestran ser recortes producto de la colocación en el lugar; también hubo varios vidrios gruesos con estrías, 10 de vidrios gruesos antiguos de 5,5 mm de espesor, posiblemente del edificio original e igual número de vidrios traslúcidos tratados en la superficie externa en forma rugosa. Hubo un único fragmento de un cristal de ventana.

Entre otros objetos diversos hubo restos de una manguera, de una soga trenzada, de una maceta (siete fragmentos), carbón mineral 2260 gr. y carbón vegetal 650 gr., las bases de metal de cinco lámparas, una regla y un peine plástico, un brazo de muñeco, una tapa de Fanta, varias tapitas corona, tres tapas de aluminio de suero Baxter y dos aros de suspensión, seis tapas con rosca hechas de aluminio, una manguera de triple capa de tela, catorce fragmentos de velas para calentador eléctrico y/o kerosén, dos piezas de mica (circular de 5 cm y rectangular de 7 x 14cm), un tapón goma con agujero para tubo, un tapón de porcelana con alambre para ajustarlo al pico de la botella, dos partes de mecheros Bunsen y el trípode de hierro que forma parte de él, un porta vaso de aluminio y un recipiente de cobre. Se encontró 240 gr. de pan quemado.

Como es habitual en el suelo de Buenos Aires el material ferroso estaba muy oxidado. Se recuperaron 9.23 kilos y hay restos de un triciclo infantil, un fleje de barril o similar, chapas de latas de conserva y tapas de frascos. También hubo ob-

jetos de aluminio y citamos las abrazaderas y tapas de los frascos de suero Baxter y las tapas de las ampollas para inyectar, también hubo tapas a rosca, una olla, tubos de bronce y un pico de manguera. Se completa el conjunto con un posible escudo metálico no identificado y cinco tapas de ollas chicas, una escupidera y dos pavas de color rojo de metal esmaltado.

Hemos dejado para el final los 29 fragmentos de dos filtros de agua ya que corresponden a un tipo cerámico sin duda más antiguo que todo lo descrito, el Verde sobre Amarillo de Pasta Blanca²³. Se trata de una cerámica de origen no identificado común durante el siglo XIX en la región del Río de la Plata, además en Uruguay y el sur de Brasil. En este caso eran dos filtros de forma cilíndrica, abiertos arriba y con un agujero para espita, comunes en su tiempo tanto para filtros como para simplificar el servirse algún líquido mediante una canilla. Medían cerca de 30 cm de diámetro y 25 cm de alto con paredes de hasta 2 cm de espesor. Es un tipo de objeto que por su peso y grosor duraba mucho tiempo y sería razonable que provenga del equipamiento original del Sanatorio.

Material óseo: se encontraron 183 restos óseos, uno humano y todos los demás de animales. De éstos hay de vacuno (*Bos Taurus*) 91, ovinos (*Ovis aries*) 8, pollo (*Gallus gallus*) 12, pavo (*Meleagris gallopavo*) 1, perro (*Canis familiaris*) 1, pescado 3 y ave indeterminada 6; además hubo 44 astillas de hueso no identificables. Cabe destacar la presencia de un molar humano quebrado. El 34.10 % estaba quemado. Es evidente que la mayoría de huesos son de un posible asado compuesto por carne vacuna (50 %), seguido por un pollo (6.6 %) y oveja (4.3 %). Además en el pozo había algo de pescado, un hueso de pavo y otro de un perro.

Un cálculo aproximado de lo que se rescató del pozo es que era de cerca del 10 %, oscilando entre un mínimo del 5 % y un máximo del 15 %; pero como lo hallado corresponde a la mitad del pozo, o a una parte de un total no conocido ya que había sido destruido, mantenemos esa cifra del 10 % como muy razonable, aunque no deja de ser hipotética. Esto nos permite ver que las dimensiones materiales de lo descartado es enorme, ya que en realidad el 10 % de medio pozo es el 5 % del total, aunque preferimos optar por una actitud conservadora. Esto es realmente llamativo si pensamos la contemporaneidad temporal de todo el material; asimismo la observación del pozo no demuestra procesos de compresión o acumulación de sedimento, o variaciones entre sectores, los que podrían interpretarse como interrupciones en el llenado.

Si pensamos en ese 10 %, tenemos para el total del pozo más de 1100 kilos de lozas de 1850 platos y vajilla. El vidrio total debió ser de cerca de más de 29.000 fragmentos pertenecientes a unos 5000 frascos, botellas, tubos de ensayo y objetos de laboratorio. El hierro daría 90 kilos a lo que debemos sumar 6 más de otros metales incluyendo un número de ollas y objetos de metal esmaltado. Tenemos muy poca cantidad materiales de construcción y muy pocos de uso personal.

23 (Schávelzon 1991 y 2000)

Por supuesto las condiciones de rescate le dan a las conclusiones de este trabajo un carácter altamente hipotético, pero creemos que ante la evidencia de los datos pueden ser sostenidas. Es más, la dimensión de lo encontrado es impresionante y posiblemente su significación lo sea aun más. Pero si podemos realizar conclusiones sobre este conjunto de artefactos, tomando en consideración las condiciones del trabajo, estas serían algunas de ellas:

El conjunto más representado es el de la vajilla de comida; dentro de éste, los platos son más del 90 %, no hay vajilla de servir y casi no hay de cocinar

El segundo conjunto es de farmacia incluyendo medicinas y laboratorio; la mayor parte de éste son frascos de vidrio con contenido y tapa

Los materiales de construcción son muy pocos (2 %), al igual que los objetos de uso personal (0.09 %)

Hubo una acción de fuego sobre estos objetos, no claramente asociada a la quema de huesos

Todo el contenido del pozo fue descartado casi en un mismo momento o con muy poca diferencia de tiempo entre sí

La mayoría de los objetos fueron descartados enteros, aun en uso e incluso sin uso

Hubo un evento asociado al entierro mismo que implicó botellas de bebidas alcohólicas y posiblemente los huesos quemados, en su mayoría de vacuno y pan

La pregunta de cuándo se produjo esto puede ser respondida con cierto margen de certeza, aunque una mirada que se cruce con la información oral puede permitir sumar un evento histórico y una situación política. Creemos que el año 1978 en que el Instituto fue regresado al municipio por el gobierno nacional puede ser la fecha clave: desde la cultura material todos los objetos, como conjunto, están coexistiendo, los más viejos y los más nuevos; diez años antes no hubiera sido posible, diez años más tarde tampoco. Hemos establecido las fechas límites del evento dentro del decenio 1970-1980. Políticamente el país estaba envuelto en un caos total, con el general Videla como dictador, la represión estaba desatada, era el año triste del Mundial de Fútbol simultaneo al secuestro, tortura y la *desaparición* masiva de la oposición, la búsqueda de una guerra con Chile y de graves conflictos de todo tipo. Y no es de extrañar que en un centro de salud mental, no dedicado precisamente a la psiquiatría sino a los problemas psicológicos de la comunidad, hayan habido problemas y enfrentamientos graves como sabemos que los hubo.

Eran años de plomo y muerte y no suena raro que se produjera una decisión de este tipo: la transferencia de un organismo de la Nación al municipio implicó graves conflictos gremiales, sociales y de toda clase, los que bien pudieron culminar con la secreta decisión de destruir todo esto. ¿Para ocultar algo?, ¿para justificar un nuevo presupuesto de compra?, ¿por simple decisión arbitraria típica de las dictaduras o las burocracias?, ¿porque en buena parte tenía estampado el nombre viejo? Las causas pueden ser muchas, lo concreto es que alguien tomó la decisión de destruir un laboratorio, la farmacia y la cocina con su vajilla y lo hizo a escondidas, sin siquiera descartarlo a la basura diaria sino enterrarlo, esconderlo, *desaparecerlo* en el jardín; al igual que los opositores políticos los objetos habían dejado de existir, es más, *nunca habían existido*. Y quienes lo hicieron tomaron varias botellas de licor y comieron al menos pollo y carne asada dejando quemar el

pan que les sobró; sin duda debió ser un trabajo duro trasladar todo esto al sitio, prenderle fuego y taparlo. Quizás esta sea sólo una historia más en la compleja trama de nuestra historia reciente.

En síntesis, ambos casos, dos centros para tratar la salud mental, uno más antiguo que lo hizo desde la biología y la medicina, el otro más moderno desde la psicología social y el psicoanálisis, terminaron destruidos, olvidados y escondidos, *desaparecidos*. Lo que excavamos fue el resultado de medio siglo de Barbarie, ¿de que la locura estaba afuera y no adentro de los organismos públicos?, ¿o de qué? La arqueología no da respuestas a los problemas sociales, eso lo sabemos, quizás ayude a poner en evidencia algunas cosas, por eso la arqueología de lo moderno no es sólo *ser modernos* en nuestro hacer, o excavar *temas diferentes* a los tradicionales, es entre muchas otras cosas romper límites disciplinares y aventurarse junto con otros especialistas en los derroteros de la memoria, de la identidad y del patrimonio. O al menos eso es lo que esta ciudad necesita desesperadamente de sus profesionales.